

PERIODICO MENSUAL
DE
ARTES Y LETRAS

VII-VIII

JUNIO-JULIO

1928

SANTIAGO DEL ESTERO

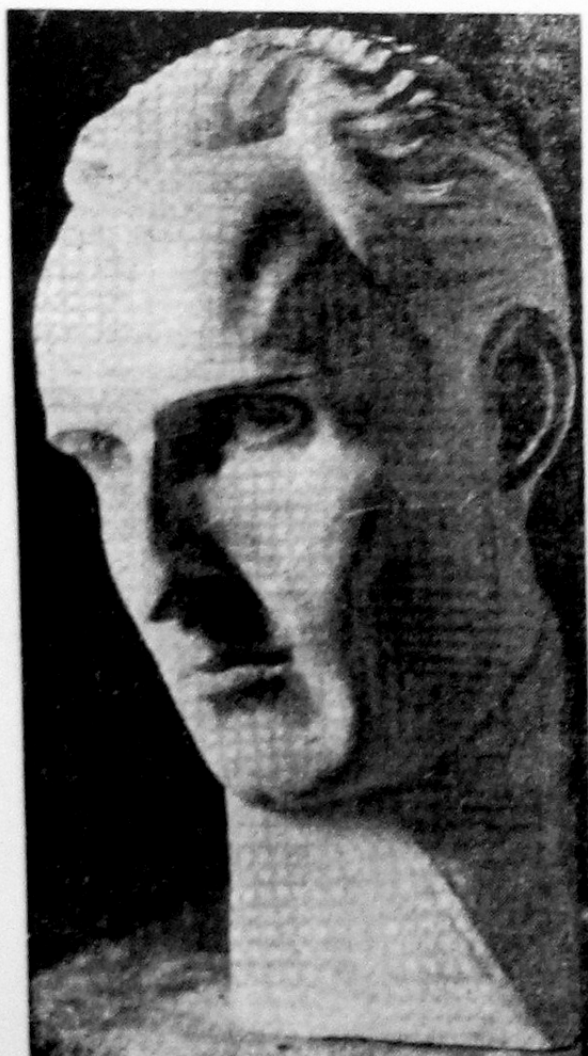
LA BRASA

ESTE NUMERO

En este número "LA BRASA" reúne colaboraciones especialmente destinadas a sus páginas, de las más prestigiosas firmas literarias y artísticas de Córdoba: RAUL A. ORGAZ, SAUL TABORDA, GREGORIO BERMANN, MANUEL RODEIRO, ALFREDO ORGAZ, ROBERTO SMITH, BRANDAN CARAFFA, los escultores HECTOR VALAZZA y CARLOS BAZZINI BARROS, los pintores ANTONIO PEDONE, JOSE MALANCA, ONOFRIO PALAMARA.

Incluye además colaboraciones locales de "LUISA MEYER", L. A. MANZIONE, RAMON CARRILLO y NICOLAS JUAREZ.

ARTE CORDOBES



•CABEZA• (E-cultura)
Por Carlos Bazzi Barros

EL GENIO DE DANTE Y LOS INTERPRETES DE "LA COMEDIA"

(FRAGMENTO)

"Este Dante — dice Juan Villani, contemporáneo de Alighieri, en la *Crónica* de Florencia—fué honorable y antiguo ciudadano de Florencia, y vecino nuestro; y su destierro de Florencia fué a causa de que cuando messer Carlos de Valois, de la casa de Francia, vino aquí el año 1301, persiguió al partido blanco, como ya se ha mencionado; el dicho Dante era de los mayores gobernadores de nuestra ciudad, y de aquel partido; bien, que fuese güelfo, y sin otra ~~relación con el partido blanco que expulsado y deterrado de Florencia, y~~ a estudiar a Bolonia, y después a París, y a otras partes del mundo... fué sumo poeta y filósofo y retórico perfecto".

Era entonces el tiempo de las luchas entre las repúblicas italianas, cuando en medio del torbellino que forman las masas combatientes de güelfos y gibelinos, comienza el esplendor de las industrias y del comercio, la elegancia en las costumbres y el primer en las bellas artes. Bolonia da el ritmo de la vida científica de Italia, y Florencia—destinada a la fastuosidad—alumbra la renovación de la pintura, preludiando el advenimiento de Giotto, el poético narrador de la vida de Francisco de Asís; junto al ardor de las querellas políticas, un enardecido y ruidoso misticismo se esforzaba en aplacar el furor de las discordias, promoviendo vastos escuadrones de penitentes que—de ciudad en ciudad—iban pregonando la paz en las facciones y el valor moral de la penitencia; una sed de universalidad en los conocimientos invadía la clase de los letrados, al paso que declinaba la frívola galantería de los trovadores. Y todo este mundo de pasiones, de representaciones y de ideas aparece como transfigurado en el alma de Dante. Mézclase a las luchas políticas de su tiempo; güelfo del partido blanco, fué prior de Florencia y sufrió la suerte de su facción; adherido a la escuela de Guinizelli, acelera la autonomía de la lírica italiana respecto de los provenzales; embriagado de universalidad, adquiere un saber inmenso, siendo la teología, la historia, la mitología, la jurisprudencia, la filosofía, la astronomía, la física, las matemáticas y la retórica, sus cómodos dominios; los largos viajes del destierro le permiten sazonar su saber con la sal de la experiencia; y la intuición de su lirismo funde esta masa imponente en una obra ante la cual los hombres siguen sintiendo ese estremecimiento inefable que revela la indestructibilidad milagrosa del Arte.

Transluce el prestigio del genio cuando se advierte que, apenas aparecido, suscita a su alrededor renovadas legiones de comentaristas, analistas y exégetas, los cuales—desdeñando el goce ingenuo y diáfano de la simple contemplación de la belleza—se abisman en el análisis y fragmentación de la obra, degradando el deleite en infinitas sutilezas y vanos alardes de erudición. Esto que Unamuno ha censurado en los cervantistas, comparándolos con los masoretas, —escuela de rabinos que compusieron la Masora, Escrituras,—ha asimismo ocurrido con el sumo poeta del Medio Evo; y el bello libro de Benedetto Croce acerca de la poesía de Dante anota, con fina ironía, cómo la palabra *dantista*, que conforme a su desinencia debe sólo decir culto apasionado, adhesión fervorosa y total a la epopeya del florentino, se ha hecho ahora voz equivalente a *dantómano*, comportando morbosa exageración. Pero sin cuidarse de estas formas, es lo cierto que cabe estimular, a propósito de los trabajos de Alighieri, investigaciones y análisis que—sin sobreponerse a la soberana sugestión que mana de su poesía,—faciliten una interpretación estética digna del maestro y de la riqueza de nuestra actual sensibilidad. Tales serían las investigaciones referentes a la filosofía del Dante, a su herencia literaria, a sus anhelos políticos, al fin ético-religioso, o político, o ético-político, conjuntamente, o por último, a las interpretaciones alegóricas en el todo o en las partes de aquella obra. ¿Es Beatriz la alegoría de la Revelación, de la Inteligencia activa, de la Teología? ¿Simboliza Matelda la perfecta naturaleza humana, el Misticismo práctico, el Arte o la Conciliación de la Iglesia con el Imperio? Tales y semejantes cuestiones de interpretación doctrinal pueden plantearse y dilucidarse exclusivamente como elementos auxiliares para alcanzar un contacto más hondo, una fusión más perfecta con la esencia lírica de la *Comedia*. El análisis es de por sí corrosivo, y al implicar en este caso la referencia a circunstancias o fines extra-estéticos, sean políticos, teológicos o filosóficos, enturbia la limpidez de la representación poética, que únicamente se logra tras el vuelo de la intuición.

Raúl A. Orgaz

ASISTENCIA DE MENORES ANORMALES

Por el Dr. GREGORIO BERMANN

Ha pasado ya la época en la que, comprobado el estado mental anormal de un menor y su inutilidad, era condenado a morir o segregado de la sociedad. ¡Que distancia hay de la costumbre espartana de arrojar los mal conformados al Eurotas, hasta la fecha presente en que se cuida y protege tanto a estos débiles infortunados! Este milagro no sólo fué operado por el cariño de las madres que con persistencia conmovedora se dedicaron al cuidado de sus hijos enfermizos, contrahechos o atrasados. Se debe también al progreso colectivo, que ha originado abundancia de energías y de elementos para sustentar no sólo a los fuertes, sino a todo miembro de la colectividad, por débil o desgraciado que fuere. Por otra parte, un conocimiento más profundo de estas criaturas, de las causas de su mal y de los métodos médicos que a veces permiten curarlos y casi siempre mejorarlos, así como de los métodos pedagógicos que los ponen en condiciones de aprovechar sus escasas luces intelectuales, ha permitido a muchos de ellos bastarse a sí mismos y hasta ser útiles a los demás. Este movimiento que se ha desarrollado con creciente intensidad a favor de la infancia anormal desde Esquirol y Seguin, hasta Bourneville, Demoor, de Sanetis, Montessori y Decroly, ha dado medios de tratamiento y reformas cada vez más eficaces y soluciones más precisas.

Sería ampliar excesivamente este artículo si diéramos las razones fundadas por las que el problema interesa a estadistas, sociólogos, educadores, criminalistas, psicólogos y médicos. Me limitaré a expresarlas en lo que se refiere a los menores delincuentes.

Hay distancia entre la teoría lombrosiana, que considera delincuentes en potencia a los niños y la tesis opuesta, de índole sociológica, según la cual, todos los niños que han delinquido lo han hecho por causas de orden ambiental. En las cifras estadísticas. Así, Collin considera que no menos del 70 o/o presentan alguna anormalidad psíquica, estudiada detenidamente por el autor del tratado de psiquiatría médico legal infantil, mientras Roth atribuye una proporción casi igual al 67 o/o a la causa social. Los menores internados en el Asilo de Menores Varones y en la Casa del Buen Pastor, cuya cifra del nivel mental acompañan este cuadro—no todos de los cuales habían cometido

faltas que pudieran calificarse de delitos, y entre los cuales había algunos que no cometieron falta alguna — daban un porcentaje muy crecido de anormales.

NIVEL INTELECTUAL

Varones

Asilo de Menores Varones

| | |
|------------------------------|----|
| 1o.) Idiocia. | 1 |
| 2o.) Imbecilidad. | 7 |
| 3o.) Debilidad mental. | 16 |
| 4o.) Inteligencia subnormal. | 4 |
| 5o.) Normal. | 16 |
| 6o.) Falso normal. | 9 |
| 7o.) Nivel mental superior. | 1 |

51

Niñas

Sección Menores de la Casa del B. Pastor

| | |
|------------------------------|----|
| 1o.) Idiocia. | — |
| 2o.) Imbecilidad. | 14 |
| 3o.) Debilidad mental. | 10 |
| 4o.) Inteligencia subnormal. | 5 |
| 5o.) Normal. | 13 |
| 6o.) Falso normal. | 8 |
| 7o.) Nivel mental superior. | — |

50

Como se vé, es extraordinaria la cantidad de retardados, que suman en los varones más de la mitad (28 sobre 54), y aún en mayor proporción entre las niñas (29 sobre 50). Si se es exigente y se incluye a los de "inteligencia-subnormal" la cifra de retardados aumentaría más todavía (37 en 54 varones, 37 en 50 niñas). Esto en manera alguna nos sorprendió, aunque como toda viviente comprobación de un hecho conocido o intuído, nos interesó sobremanera. Comprenderemos mejor la maldad, el vagabundaje, el odio a la familia y a la sociedad, la impulsividad, los hurtos continuados, la falta de adaptación, a veces la mendicidad, y otras formas de vida y de reacciones antisociales son el producto de alteraciones del psiquismo a veces fácilmente visibles, otras que necesitan ser despistadas con cuidado.

Nuestra cifra, con ser crecida, no alcanza al porcentaje de anormales que señala Collin para los menores delincuentes de trece

años que en su obra es del 70 o/o y un 30 o/o de tipo social. Porcentaje sensiblemente semejante al obtenido por el Dr. Carlos de Arenaza en la Alcaldía de Menores de Buenos Aires sobre más de 2000 menores. Hay que tener en cuenta que los estudiados por el estimado colega son menores cuya edad alcanza a 18 años, motivo que sería más que suficiente para hacer variar los porcentajes. He aquí los obtenidos por el citado autor: menores inteligentes 2 1/2 o/o; con facultades suficientes 64 o/o; con facultades insuficientes 29 o/o; menores imbeciles o idiotas, 4 o/o.

Muy interesantes son los estudios hechos por J. Harold Willimas sobre 470 menores y jóvenes delincuentes, la mayor parte de los cuales habían pasado ya ante los Tribunales de Menores. Los resultados del trabajo, hecho en la escuela Whittier, del Estado de California, están consignados en la obra "The intelligence of the delinquent boy". El autor comprobó que el 30 o/o (141 menores) eran retardados; el 27,2 o/o (128) eran casos intermedios; el 20,6 o/o eran normales mediocres (97); el 19,2 o/o eran normales medios (90); y el cuatro por ciento (14) eran de inteligencia superior. El autor comprobó, entre otras, que la inteligencia de los delincuentes es inferior en general a la de los otros niños de la misma edad y que hay más atrasados en este grupo que en la población en general. Shruballs redujo a cifras este hecho: en la población total, la proporción de deficientes es alrededor de 1,3 o/o para los menores y de 1o/o para los adultos; en cambio para la población criminal es alrededor del 3,8 o/o. El término medio de la inteligencia de los menores delincuentes es superior a la de los menores de las escuelas de deficientes, pero esto no significa gran cosa ya que el de los institutos, internados para retardados es bastante bajo. Vervaeck en su importante trabajo de antropología criminal ("Le applicazioni pratiche dell'antropologia criminale" traducción del francés, Bocca ed. 1925) confirmando y sintetizando sus estudios sobre los delincuentes belgas, menores y adultos, hace ascender el número de anormales al 25 o/o, si solo se toma en cuenta una valuación prudente, mientras alcanza al 50 o/o si se incluye en el cálculo los simples desequilibrados mentales.

De manera que hay un gran interés social en la asistencia de los menores retardados, no solo por un sentimiento de humanidad, por otra parte tan legítimo, sino para cegar en su origen una de las principales fuentes de la delincuencia, para el mejoramiento de la raza y también para incorporar a la sociedad elementos que puedan ser útiles cuando ahora solo erogamos gastos y son a menudo perniciosos. Por otra parte, el número crecido de débiles mentales que hemos comprobado en algunos medios escolares, ya directamente o por referencias, constituye un motivo poderoso de atraso de los que son normales. Basta la presencia de uno o más anormales en un aula para que distraigan la atención de la maestra, perturben el progreso regular de la enseñanza e influyan desfavorablemente sobre los demás escolares. Lanfranco Ciampi, haciéndose eco de investigaciones numerosas realizadas a este respecto, dice en el informe elevado en Agosto de 1922 al señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, que se puede calcular del 2 al 5 o/o los niños de población escolar que por desviación psico-genética, por enfermedades, por detención de desarrollo, o por contagio de ambiente, no pueden adaptarse al medio común ("La Clínica Psico-pedagógica", Septiembre de 1924—Rev. de Buenos Aires).

La primera palabra, pues, para la profilaxis de la delincuencia precoz y de la mala conducta de los menores, es la asistencia a

(Concluye en la pág. 9)

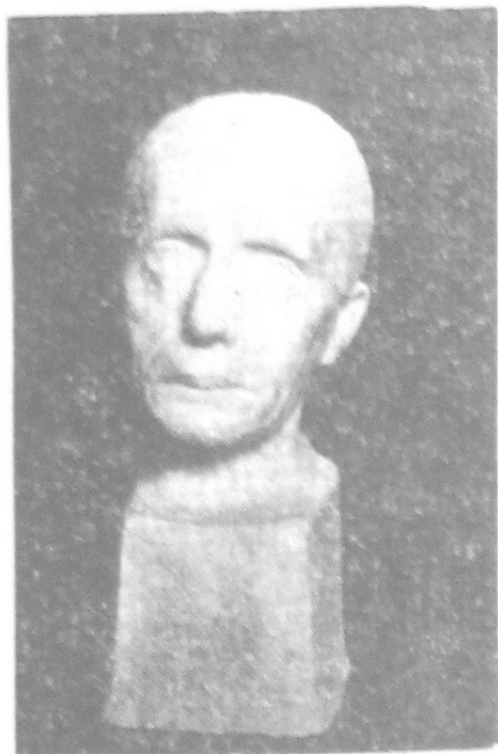
ARTE CORDOBES



"Iglesita abandonada" por José Malanca

3 obras del escultor cordobés Héctor Valazza

Con Héctor Valazza



"CABEZA"

INFANCIA

*Yo vivía entonces en un
País lejano
Cerrado el tiempo
Y en sus huellas no asentaban
Los días
Los árboles estaban siempre
Resonantes de cantos
En el cielo
Había grandes ejércitos pálidos
Que luchaban
Con armas relucientes
Todos los senderos
Eran alegres
Y los pies apenas
Si dejaban una huella
Los días eran largos
Y la alegría
Desnuda de recuerdos
Danzaba desde el alba
Hasta el anochecer
Las cumbres de los montes
Se abrazaban al viento
Y por sus faldas suaves
Descendía el misterio
¡Cuántas voces ocultas
Surgían de la tierra!
En los troncos robustos
Habitaban espíritus
Locos de libertad
¡Cuántas veces sus manos
Ágiles
Invisibles
Me rozaron la cara!
Cuántas veces sus cantos
Entornaron mi oído
Hasta hacerme dormir!
Yo vivía entonces en un
País lejano.*

C. Aron Zubaroff

Héctor Valazza ha regresado de Europa. Una de las becas que la provincia de Córdoba confiere para justificar su existencia en el mundo civil, le permitió estudiar escultura en París. La beca ha terminado y Valazza se ha reintegrado al terruño. Hasta que disponga de dinero para volverse a París.

Rodeado de libros, fotografías y obras le hallamos en su tallerito de Barrio Inglés. Ahí le hemos interrogado a la disparada:

—¿Qué nos dice de París?

—Se trabaja; se estudia.

—¿Qué escultores le interesan?

—Archipenko. Este, antes que nadie. Después su familia: Zadkine, Lipschitz, Csaky, Brancusi.

—Y después?

—Los alemanes Kolbe, Lembruck. También los franceses Maillol y Despiau. En general, me interesa el movimiento escultórico contemporáneo.

—¿Por qué la preferencia por la familia de Archipenko?

—Archipenko es el más grande innovador de los tiempos actuales. Todas las posibilidades del arte están en sus obras. Si una nueva síntesis es posible, es la que ya se acusa en él. Posee ciencia y sentido del arte. Dos grandes calidades.

—Y en pintura?

—Matisse, Vlaminck, Nolde, Raoul, Dufi, Derain, Picasso y... cómo nombrar a tantos espíritus escogidos que vienen realizan-



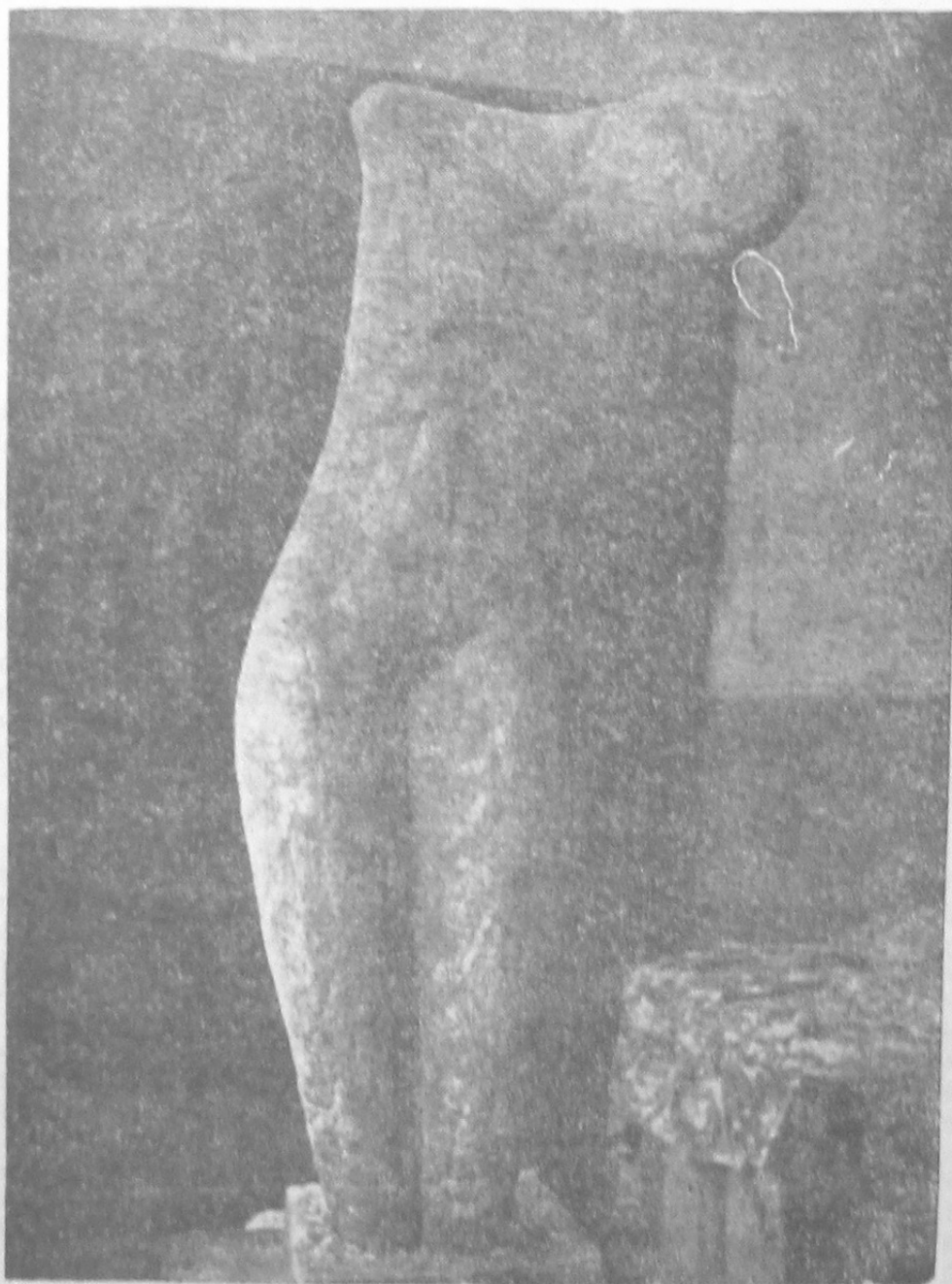
"CABEZA DE NIÑA"

do las sugerencias del cubismo y del expresionismo?

—Mencióneme un problema particular

—El del color. De esto sólo podemos hablar en presencia de un cuadro de Nolde o de Chagal. Por hoy... haga que los lectores de "La Brasa" lean algo de Maleswtsch.—
S. A. T.

"TORSO DE MUJER"



EL NIÑO Y LA FAMILIA EN LA

Les enfants

Mais nous voudrions tant regarder le chemin.

Les maitres

C'est inutile. Nous allons vous le raconter. Lisez! Lisez! "Quand Annibal passa les Alpes"...

Les enfants

Et nous, et nous quelles montagnes passerons nous?

Les maitres

Il ne s'agit pas de vous. Lisez: "Quand Annibal..."

Les enfants

Mais non! Mais non! Quand donc s'agirait-il de nous?
(Romain Rolland — Liluli).

Cuándo?

Cuándo se tratará de vosotros? Ahora mismo, en este preciso momento. El pasado, todo el pasado que a nuestras espaldas se va hundiendo, *lá dove il Sol tace*, conoció una pedagogía de hombres y ciudadanos: el movimiento juvenil—acabamos de verlo—anuncia ahora el advenimiento de una pedagogía de niños.

Voces venidas de todas las latitudes del espíritu hablan de esta novedad. Llenas de sus resonancias están las fuerzas que desde lo íntimo de la vida, empujan los gérmenes del orden que llega. Antes que el ímpetu juvenil irrumpiera proponiendo su interrogante, la reflexión del hombre de ciencia y del pensador y la creación del artista habían tocado las riberas del continente que ahora se ofrece a la nueva esperanza, y lo exploraban con promisoría atención.

Lleno de los pretenciosos derechos del hombre y del ciudadano el pensamiento del siglo se había aferrado con ahinco a cuestionar la suerte del adulto, en el largo y abstruso debate entre el optimismo económico y las concepciones morales del mundo, y ha necesitado recorrer un largo camino jaloneado por ensayos y búsquedas infructuosas para percatarse de esta entidad relegada a término secundario con una ligereza injustificable. La pedagogía que, según la frase de Farinelli, concentró siempre todo su esfuerzo en despojar al niño de su niñez, aprende ahora, gracias a la labor de una biología reciente, que la niñez no desaparece sino que perdura en el hombre, y le rige, y le traza, acaso, las direcciones todas de su existencia, y confirma así lo que ya había descubierto la sensibilidad hencida de un Pestalozzi, de un Juan Pablo y de un Juan Jacobo.

Y, como el niño no viene por generación espontánea, ni crece solo, como un Robinson en su isla, lleva también su curiosidad y su exámen al propio ambiente en que la niñez actúa y se desenvuelve—familia, escuela, y comunidades enseñantes—y revisa, con nuevo sentido, instituciones que hasta ayer sólo le interesaban por lo que representan y significan desde un punto de vista jurídico y político.

Al mismo tiempo que las investigaciones científicas más ponderadas radican en la puericia el centro primigenio de la vida consciente y reclaman de la docencia su más amorosa atención, la literatura contemporánea, en su más alta expresión, se interna con eficacia por este nuevo y rico filón de la

realidad. Eso que hasta ayer no más solo constituía un punto de incidental referencia, una vaga alusión en el dráma íntimo de adultos, se ha convertido en un miraje esencial. Ha entrado con pié seguro en el paisaje hasta ayer inédito y se ha dado a escrutarlo en todos sus meandros. Con más amplios recursos que los que pueden emplear los hombres de ciencia, los novelistas, los poetas y los dramaturgos, ha acopiado ya un enorme caudal de observaciones y sugerencias de incuestionable valor. Quien se interese seriamente por el destino de la juventud, quien aspire a conocer nuestro relativo presente para corregir sus imperfecciones y enriquecer sus concepciones unilaterales, no puede, no debe prescindir del acervo que le presentan con mano pródiga las creaciones del gran arte.

La incorporación de este nuevo sujeto — el niño—a las creaciones literarias no se ha circunscrito a determinados países; es un hecho que se advierte en las obras de escritores de todas las latitudes. Y la mayor ventaja que ofrece esta nueva literatura para quien quiera estudiar, a través de ella, el alma infantil y el valor docente de las instituciones en cuyo seno se desarrolla la infancia es la de que, por lo común, ella no se propone tesis preconcebida ni se refiere precisamente a la crítica de dichas instituciones sino que solo alude al trabajo propio del espíritu pueril, con lo cual se acreditan como puros documentos humanos. Nada permite apreciar tan objetivamente la familia en su función pedagógica como las obras de escritores que solo se han querido concretar a exponernos las reacciones que el espíritu naciente acusa y expresa bajo las cotidianas excitaciones domésticas. Quieren ser la psicología del niño y resultan el frío análisis de una institución. Es un pedagogo, un filósofo, Rudolf Lehmann, quien reconoce la influencia que ha tenido, en Alemania, en orden a la avaloración de la familia y de la escuela, las novelas "Unterm Rade", de Hesse, "Freund Hein", de Straus, y "Budenbrook", de Tomás Mann (1).

Pero no nos detengamos en la literatura tedesca. Desde Goethe, desde las creaciones eternas de *Wilhelm Meister* y *Hermann und Dorothea* la literatura tedesca se inclina, no siempre con espontaneidad y sin *Schablone*, a abordar el tema de la niñez. Razones obvias nos invitan a preferir, en las consideraciones que siguen, obras que están ya como incorporadas al acervo nativo y que son familiares a nuestro público. Por lo demás, para nuestro propósito, vale tanto *Poil de Carotte*, la penetrante novela de Jules Renard, como *Jorn Uhl*, el denso y humano drama de Frenssen.

Jules Renard, uno de los más agudos buscadores del alma infantil, de estos últimos tiempos, narra en *Poil de Carotte* la historia de un niño, el hijo menor de un matrimonio francés pequeño-burgués. Historia gris, ingenua, sin accidentes externos pero rica en perfiles que van acusando líneas definitivas a medida que las va iluminando la conciencia de toda una época. Poil de Carotte, el protagonista, comienza soportando dolores físicos, el del miedo a que es sometido a designio, en las noches, el del miedo que es el sentimiento que se halla a la base de nuestra existencia, y debe concluir soportando traumatismos morales, de esos que sufren todos los niños mal protegidos y que, con frecuencia, ocasionan la falla íntima de toda una vida. En el paisaje monótono y uniforme en que transcurre la puericia de Poil de Carotte no ocurre nunca nada de extraordinario, personas y cosas poseen el

(1) Die pädagogische Bewegung des Gegenwart—1925.

mismo matiz. La feroz mezquindad de la madre es la regla común. Es la que da fisonomía a aquella vida apagada y manida. El afecto y las simpatías se ahorrán y escatiman como el dinero en el arca. Acaso Honorina, sí, Honorina, la rústica que ha llegado a la senectud al servicio de los amos, los señores Lepic, sea la única que alguna vez ha tenido una palabra cordial para Poil de Carotte. Poil de Carotte debe tener por ella, a lo menos el cariño agradecido que tenemos por el perro que guarda nuestro reposo. Pero un día el ojo avizor del ama descubre que las fuerzas físicas de Honorina decaen visiblemente. Ya no es tan fuerte como cuando moza para el trabajo, y comienza a ser una carga. Honorina alega su idoneidad y se ahinca más que nunca en las labores acostumbradas; pero eso no basta. La sed de ahorro de la señora Lepic la ha hecho previsora. Aun cuando la criada sea fuerte todavía, no tardará en perder todas las energías. Es necesario deshacerse de ella con tiempo. Poil de Carotte comprende el propósito. Va descubriendo día a día la inferioridad moral de la madre y no osa rebelarse porque se sabe de antemano vencido y menospreciado. El designio materno es cruel e inhumano, pero todo aconseja acallar la protesta del corazón y someterse a la tiranía imperante. Una fuerza oscura, un renunciamiento preparado paulatinamente por los episodios domésticos diarios del egoísmo que rige la vida toda de la familia, una dolorosa abdicación de su nobleza naciente, incomprendida y ridiculizada por todos, una quiebra interna que alguna vez le empujara al suicidio mismo, arrastra a Poil de Carotte a una espontánea complicidad en el propósito infamante de la señora Lepic. El mismo servirá de instrumento en la maquinación preparada; la pérdida del cacharro, que será también la pérdida de Honorina. Pero todavía, cuando la anciana expulsada abandona llorando la casa en la cual ha dejado las mejores energías de su mocedad, Poil de Carotte va a tener un gesto, va a hablar, va a gritar, va a confesar su delito, cuando una mirada fría y acerada de la madre le apaga en su garganta la voz indignada... Hablar? Y para qué? Honorina se aleja, y él, asistiendo al morir de sus propios impulsos queda ahí "como un instrumento de justicia del cual ya no se necesita".

Simple el episodio. Simple sobre todo para los paladares acostumbrados a lo truculento, simple, como todo lo restante del libro,—los primeros ensayos amorosos, las impresiones de la escuela, el nacer de las ambiciones—pero, qué hondos relieves adquieren de pronto cuando se piensa que son accidentes como este los que marcan con sello indeleble la fisonomía de un niño y de un hombre. Cuantos casos como el de Honorina no presencian a diario los niños de nuestros hogares, asistiendo al íntimo troncharse de las imágenes elevadas y heroicas con que la leyenda pueril puebla el mundo que le rodea!

Otro libro de larga resonancia, el *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland, nos ofrece un caso semejante al de *Poil de Carotte*. Juan Cristóbal, "universo en formación", ha nacido de un matrimonio desigual, de una desigualdad de clase, de educación y de caracteres, cuya persistencia ahonda cada día más y más el abismo que separa a sus progenitores. Es una atmósfera de perpetua discordia, sufriendo el dolor que seres y cosas proporcionan al entendimiento obscuro e impreciso del niño, de suyo sujeto a sus propios fantasmas, animado a momentos por el amor de la madre cuya ternura estimula sus energías latentes, fluctuando de continuo entre sentimientos contradictorios, juguete de sensaciones de ordinario penosas y tristes, se va formando el ser ilimitado de Juan

LITERATURA CONTEMPORANEA (1)

Por S. A. TABORDA

Cristóbal. Su espíritu se puebla de leyendas y fantasías; las historias que le narra el abuelo—"el abuelo y el nieto eran igualmente niños"—le llena de nociones de honor, de dignidad y de heroísmo. La vida se le presenta con un sello de admirable grandeza. Pero de golpe, una escena trivial le revela que en la realidad las cosas no pasan en la forma que las forjan los sueños de la niñez. Un día que ha ido a buscar a la madre a una casa que le era desconocida, advierte que ella, lejos de ser la matrona que él ha creído en todo momento, es una doméstica a sueldo de ricos señores. Su orgullo herido, comprueba a la vez que su progenitora carece de las altas calidades con que la ha adornado su fantasía y su sentido de la dignidad, y que en el mundo hay clases diferenciadas por la riqueza: la una, que manda, que obedece, la otra.

Las cosas no paran aquí. Conducido a presencia de los niños ricos, Juan Cristóbal llega a saber también que la ropa que viste es la que la munificencia del ama le ha sacado del guardarropa de uno de sus hijos para aliviar la pobreza de su doméstica. Corrido y avergonzado, no sabe qué decir al niño rico que reconoce su prenda y que se mofa de su pobreza. Es demasiado. Quisiera que le tragara la tierra en aquel instante. Los niños ricos colman su embarazo vejándole con crueldad. Le someten a pruebas impracticables y, sobre ello, le abofetean, y se burlan de su torpeza. Comprende que le desprecian, y una pena amarga destroza su corazón. Su infinita ternura sufre porque no encuentra motivo que justifique la crueldad con que se le trata. "No hay dolor más acerbo—dice Rolland—que el del niño que descubre por primera vez la perversidad de los demás". Y Juan Cristóbal, que acaba de conocerla en trance tan rudo, ve agudizarse su crisis moral cuando, a raíz de todo esto, sus propios padres, aquellos de quienes espera el desagravio que reclama la ofensa, le dan de azotes porque ha repelido violentamente la agresión de los niños ricos y ha provocado con ello el disgusto de los amos. Es aquél el derrumbe de su mundo moral. "Empezaba a perderlo todo: su admiración hacia los suyos, el respeto religioso que le inspiraban, su confianza en la vida, la candida necesidad que tenía de amar a los otros y de ser amado". Conoció la injusticia; la huella de este dolor inicial no se le borrará nunca más. Bien vistas las cosas, en todo el posterior desarrollo de su biografía, tan bella por su forma y tan rica de contenido, palpita y se estremece esta primera crisis de un alma violada por la incomprensión y la ceguera de las gentes.

Este pasaje de Juan Cristóbal trae a la memoria el recuerdo de Sebastián Roch, la creación en que Octavio Mirbeau intentó un análisis y una requisitoria de la educación jesuítica.

La vanidad de Hipólito Roch, obscuro y adinerado quincallero de Pervencherés, ha querido que Sebastián ingrese al famoso colegio de "San Francisco Javier", en Vannes, la pintoresca villa bretona, donde, allá por el año 1862, recibiera educación religiosa y mundana la niñez de la nobleza de los países católicos europeos. Sebastián Roch, niño robusto y sano en cuyo cuerpo retozar con plenitud las fuerzas libres de la naturaleza y en cuya virgen inteligencia no ha entrado rudimento de conocimiento alguno, está ya encerrado en el colegio de Vannes. Lo primero con que topa son las desigualdades sociales: aprende que hay nobles y plebeyos y que los nobles son insolentes y crueles. Ante la burla y la befa de sus compañeros aristócratas sufre terriblemente la humillación de su obscuro linaje de trabajadores. Precísase en su mente la idea de que el trabajo es indigno y de que solo tiene decoro

el ocio y la actividad militar que, a su modo, es también una holganza que todos pagan. Así, pues, es su padre quien tiene la culpa de aquel escarnio de que es objeto por aquellos niños de alma endurecida por el prejuicio. Nadie acude en su ayuda en el trance amargo; los propios maestros se desentienden con cómplices actitudes y abandonan aquel tierno corazón que sufre y se desespera de aquel dantesco yermo de almas. Mirbeau no se concreta a la descripción de la escena; necesita juzgar a la institución. "Los colegios son mundos en pequeño—escribe—. Encierran, reducidos a su pequeña expresión, idénticas pasiones, análogas tiranías, las mismas desigualdades que las sociedades más despóticamente constituidas. Iguales injusticias y cobardías presiden cuando se escogen los ídolos que cuando se escogen los mártires". Los propios jesuitas fomentan el prejuicio de castas, la necesidad de una disciplina autoritaria, el ciego respeto al culto jerárquico. Sebastián lo comprende en seguida, y asiste, de repente, al nacer, en el fondo de su corazón, de sentimientos negativos, el menosprecio de los suyos, el rencor y el odio a los otros, como en el primer trance de Juan Cristóbal.

La rigidez estúpida de estudios absurdos le contraría y le repugna. La disciplina tiránica acentúa su animaversión contra sus maestros y esto hace nacer sobre él el calificativo de perezoso (niño retardado dirían algunos corifeos de la pedagogía científica). Como Juan Cristóbal, necesita depositar en alguien toda su ternura, necesita apoyarse en algún afecto que le proteja de la ruda hostilidad que le agrede. En el niño la admiración es una necesidad imperiosa. Observa, escruta, inquiere siempre con el tesón de los ojos sin sueño. Todos los días espera encontrar algo superior a sí mismo. Su propia debilidad abdica en lo que cree más fuerte y más noble, y así sostiene el niño con esta admiración mezcla de amor desinteresado y de egoísmo, su personalidad en formación. Juan Cristóbal se empeña en olvidar los defectos que ha ido descubriendo en la conducta de su padre, busca, fragua razones para convencerse de que se ha equivocado al juzgarle mal y de que es un hombre digno de ser respetado. Una sutil iniciación de hipocrecía se desliza en estos esfuerzos mediante los cuales su personalidad busca apoyatura a su crecimiento. Necesita creer que su padre es un héroe y llega a creerlo en fuerza de insistir. Le venera, y se venera en el modelo. Le veneraría siempre si una vez no le viera rodar ebrio, hipente y vinoso por el pavimento. Qué nuevo derrumbe del piadoso engaño construido por sus anhelos! Otro quiste incurable se incrusta para siempre en el fondo de su alma.

Ninguna desilusión, empero, es bastante a ahogar la fuerza secreta y extraña que le anima y que le hace aún más deseable la vida en medio de los contrastes. La voluntad de vivir y de ser fuerte para vengarse de los malvados, para castigar a los injustos, gana terreno y se afirma tanto en Juan Cristóbal como en Sebastián. En ambos también el hallazgo del arte salva sus calidades selectas. Descubren la música, sienten en sus labios sedientes el *sabor de lo divino*, y corren a guardar en su misterio el tesoro de alma que todavía conservan. Los sufrimientos de Sebastián, los castigos corporales, la privación de los paseos, las dietas prolongadas, el vejamen y la befa no hacen más que acentuar su obstinación frente a la disciplina que le asedia como a una fiera. Su fina sensibilidad se exalta en el duelo y le empuja al arte como a una puerta de salvación. Apenas conoce, o entreve, ese mundo, su pasión se desborda en él con el ímpetu de un torrente. El amor que ahora sien-

te por los seres y por las cosas, no tiene límites. Ha descubierto un cielo y se considera feliz. Solo que a poco andar había de venir a cortar el vuelo de su creación el atentado ignominioso, la abyecta concupiscencia del fraile cachondo.

Más dichoso que Sebastián, Juan Cristóbal encontrará en su sendero a Hassler, el músico, y ese encuentro será para su destino el camino de Damasco. En violento contraste con la incomprensión a que le tienen acostumbrado en todas partes, en el hogar, en la escuela, en el pueblo, el beso de Hassler toca el secreto hontanar de su alma como la varita de la leyenda y hace brotar, más puras, más vivas que nunca, sus esperanzas y sus ensueños. Una embriaguez de amor infinita puebla su mundo. Es la ternura del corazón generoso la que posee la clave de la niñez y solo ella puede hacer fecunda el sano consejo y los ejemplos vivos de la conducta honorable y del heroísmo moral. Mientras escribo estas líneas flota en mi recuerdo la diáfana imagen del hombre bueno que conoció mi niñez en un día de soledad. El hombre generoso posó sus manos sobre mis sienes y me dijo una palabra, sola, la dulce, la santa, la inolvidable, la que acaso mueve mi voluntad cuando brego por ideales que me son caros, la que excita y afiebra mi pulso cuando quiero salvar a la niñez de manos de los bachilleres que la malogran. Supiera el amigo ausente que es él el que lucha, acá abajo, desde el reino de las sombras eternas! En la vida de todo hombre perdura, enérgico, activo, pleno de vitalidad el rasgo superior que el niño descubrió en la conducta de sus mayores. Con razón de-

(Concluye en la pág. 8)

(1) El capítulo cuya publicación iniciamos ahora pertenece a un libro que se intitulará "Introducción a los problemas de la formación". Trátase de una fundamentación de la pedagogía como ciencia. Intento de superación del positivismo y del neokantismo, el autor se orienta por las recientes investigaciones de Husserl y Max Scheler, los dos máximos pensadores contemporáneos. Afirmando en el criterio epistemológico de Husserl, sostiene que la pedagogía es una ciencia, la ciencia que denomina formativa. Una rigurosa clasificación de las ciencias, según la teleología, le permite colocarla al lado de la lógica y de la ética pura, esto es, como disciplina filosófica independiente. Desde el estricto dominio de esta ciencia examínanse los valores formativos: religiosos, científicos, estéticos, éticos, etc., y se les asigna su sentido pedagógico. El objeto de la ciencia formativa es el niño. El niño está considerado aquí como estadio propio e inconfundible. El autor estudia la niñez como niñez, y la juventud como juventud, a la luz de la más reciente psicología y de la más reciente biología. La estudia también en la literatura contemporánea, que es el fragmento que se publica.

Con este capítulo entra a tratar el medio en que se desenvuelve la infancia—la familia—institución que somete a la crítica a la luz de la biología y del pensamiento moderno. La Iglesia y el Estado como instituciones pedagógicas, ocupan gran parte de la obra. De esta investigación deduce el autor los caracteres dominantes en la educación en vigencia—idoneidad y nacionalismo—caracteres que somete a un examen definitivo como fines y valores docentes. Lo que domina todo el ensayo es la antinomia libertad—autoridad. Su solución práctica anunciada, es estudiada en las escuelas activas, — las norteamericanas, especialmente la de Fairhope, las rusas, las alemanas, especialmente la de Wickerdorff, la francesa de las Rocas, la Decroly, la Montessori, y las de Austria. Termina el trabajo con un estudio sobre la educación popular.

5 Poemas de Oiler

Por ROBERTO SMITH

Para LA BRASA

Hemos sentido en el tubo la voz misteriosa, esa voz que nos clava fijo donde estemos, la voz del capitán.

—¿Qué pasa en la máquina?

Claro. En la máquina no puede pasar nada. Qué importa que afuera la noche se haga toda estrellas y que las mujeres de los bares bailen con los oilers y con los fogoneeros.

En la máquina no puede pasar nada. Para eso están allí dos hombres en las calderas, y el oiler también.

En la máquina no puede pasar nada.

Si el dínamo se para, si el barco queda a oscuras, culpa es de estos hombres.

Y esto es lo que sabe el capitán.

¿Y el querer olvidado, la promesa no cumplida, el amigo infiel?

En la máquina no puede pasar nada.

Qué poco sabe el capitán...!

Eramos todos hombres que habíamos andado mucho.

Unos habían matado. Otros habían sufrido. Ninguno había robado.

Todos tratábamos de librarnos del recuerdo. Y el recuerdo no nos podía dejar.

Estábamos a bordo y no queríamos saber nada de nada.

Amábamos el mar.

Pero desde el puente hasta la máquina, no hacíamos más que recordar.

Eramos todos hombres que habíamos andado mucho.

Eramos todos hombres que amábamos el mar.

Conocí su alma. Supe su secreto.

Y no nos vimos más.

Cuando todas las pasiones se habían truncado en el nudo de lo irreparable, te quedaste tú.

Mares de muchos horizontes, ciudades, puertos, y este sangrante corazón del Norte, en él está el hastío de los amores, y la borrachera, unas veces triunfal, y otras indigna, de amar sin querer, y de andar... porque sí.

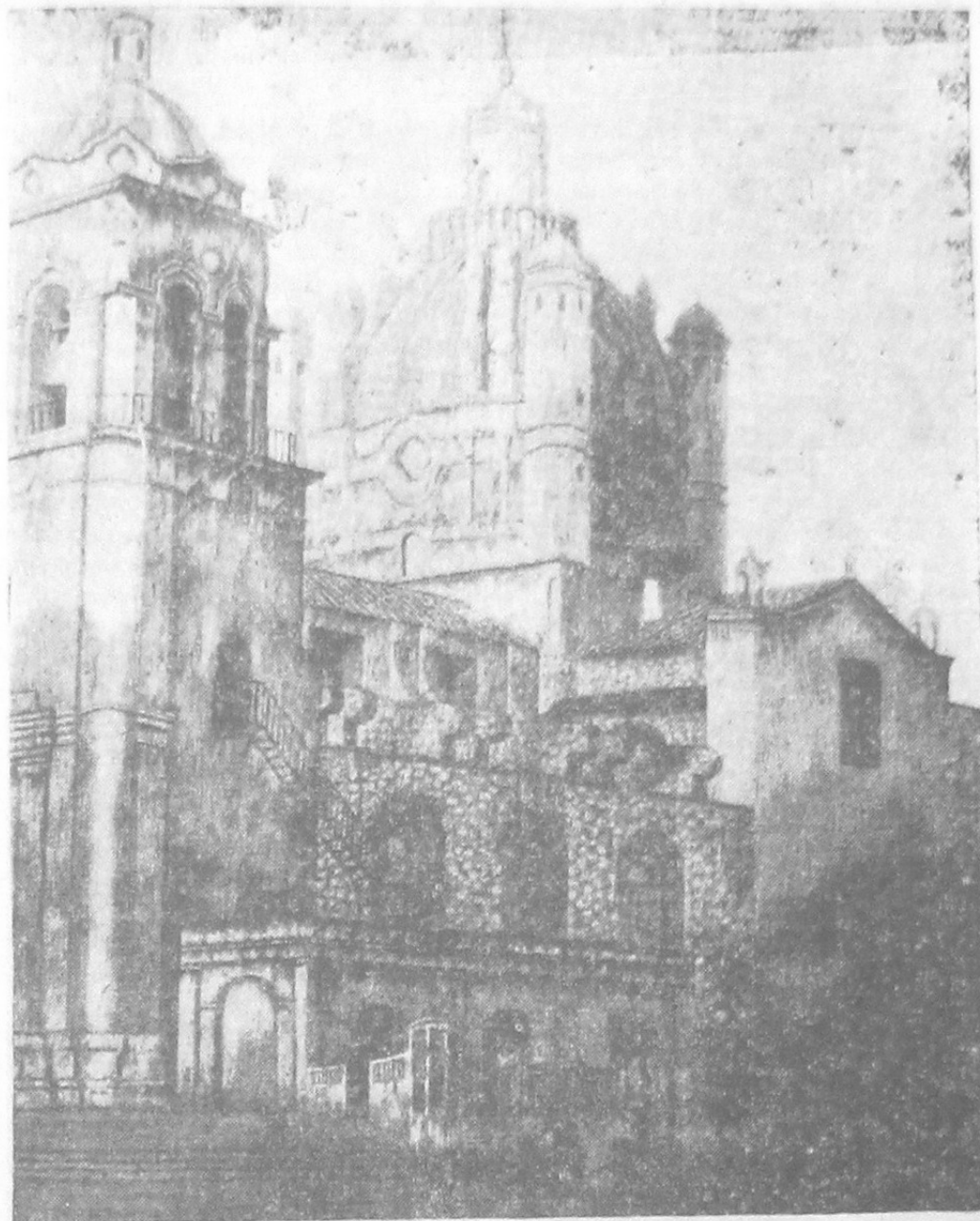
Los horizontes se doblaron, y en la noche

de todos los cielos, las luces temblorosas de las ciudades, y el rumor sordo de los montes, se confundió en esa enormidad de todos los amores imposibles, que se perdieron por ahí.

Quedaste tú. Tú que habías entrado en mi vida, acaso sin quererlo. Tú, que sólo tienes la esperanza mía por toda realidad.

Y todo porque te fuiste dejándome abierta la ancha puerta del sueño, que yo no he de cerrar.

ARTE CORDOBES



"Catedral de Córdoba" óleo de O. Palamara

La lejanía de los puertos nos traía la ilusión. Y el mar nos la llevaba.

Borrachos en los bares, creíamos en el amor que dura siempre.

Y solamente era un instante de emoción, punto del recuerdo!

Robert Smith

Pintores cordobeses cuyas obras reproducimos

ANTONIO PEDONE

Nació el 4 de Noviembre de 1899, en la ciudad de Córdoba. Ingresó a la Academia de Bellas Artes de la misma ciudad en 1912, es decir, cuando apenas contaba trece años de edad. Realiza la primera exposición de sus obras en 1917, junto con Malanca y Valazza, y al año siguiente obtiene ya un triunfo con el cuadro "Mañana de Agosto", primer envío al Salón Nacional, que fué adquirido por éste. Dos años más tarde, en 1920, obtiene el premio único en el mismo Salón Nacional de Bellas Artes. Luego, y durante tres años, trabajó en las obras con que, en 1923, abrió su primera exposición individual en Buenos Aires, con gran éxito. En este mismo año, viaja a Europa pensionado por el gobierno de su provincia. Visita Italia, España, Francia, Suiza (Zurich) y Austria (Viena), regresando al país en 1926. Al año siguiente realizó exposiciones en Córdoba, Buenos Aires y Rosario, y ese mismo año obtuvo el tercer premio en el Salón Nacional de Bellas Artes. Existen actualmente cuadros de este artista en los Museos de Bellas Artes de Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Santa Fé y Paraná.

ONOFRIO PALAMARA

Uno de los más jóvenes pintores cordobese-

ses. Ingresó a la Academia Provincial de Bellas Artes, de Córdoba, en 1924, donde hizo el curso nocturno de dibujo natural bajo la competente enseñanza del profesor Emiliano Gómez Clara.

En el IX Salón de Otoño de Rosario expuso un paisaje titulado "Alrededores de Córdoba", que atrajo la atención de la crítica.

Y en el reciente "Primer Salón de Artistas libres de Córdoba", tres paisajes y otras tantas naturalezas muertas, le afirmaron en el rango de alta estima que supo conquistarse por sus cabales.

JOSE MALANCA

Nació en la ciudad de Córdoba el 10 de Diciembre de 1897. Sus primeros estudios fueron cursados en la Academia de Bellas Artes de dicha Capital, a la que ingresó en 1913, siendo sus maestros Cardenosa, Ruiz y Gómez Clara. Su primer triunfo lo obtuvo en el Salón Nacional de 1919, en el que le fué discernido el tercer premio. Sus obras han figurado en todos los salones de Bellas Artes del país, siendo adquiridas muchas de ellas para los Museos y Galerías de las principales ciudades de la República. Actualmente viaja por Europa, pensionado por el Gobierno de la provincia de Córdoba.

Canción triste en Primavera

Cantemos a la tierna Primavera que vuelve sobre los vastos campos que marchitó el invierno.

Acaso en nuestras almas algunas nieves quedaran...

Mas, no importa. Cantemos.

Cantemos a las ramas que se llenan de flores, a los cansados troncos que florecen de nuevo. Las flores deshojadas no volverán ya nunca...

Mas, no importa. Cantemos.

Cantemos a la frágil esperanza que nace, perfumando las almas con su aroma de ensueño.

Aquella que yo tuve se me murió, y no vuelve...

Mas, no importa. Cantemos.

Cantemos a los nuevos amores que florecen sobre las tristes ruinas de los amores viejos. Aquel amor que tuve se me rompió, al besarlo...

Mas, no importa. Cantemos.

Cantemos a la Vida que se nutre de olvido, como un niño insaciable de los senos maternos.

Hacia el olvido todas las cosas van rodando...

Mas, no importa. Cantemos!

A L F R E D O O R G A Z

Nuevas respuestas a nuestra averiguación rojista

De R. CARRILLO:

La cuna de Rojas es, desde luego, un asunto que, tocándonos muy de cerca, reviste especial importancia para nosotros, ya que sería un insigne honor para la provincia el contarle como uno de sus hijos más preclaros.

Pero, es el caso que, por una circunstancia eventual, por un accidente muy común en aquellas épocas medio caóticas de nuestra organización política, sujetos los hombres públicos y de acción al continuo vaivén de la fortuna y a la contingencia de las persecuciones caudillescas propias de nuestras contiendas bravías, sus padres se trasladaron a Tucumán en carácter de proscriptos, y allí vió la luz nuestro insigne comprovinciano.

¿Tenemos derecho para llamarle así, no obstante lo que acaba de decirse? Esta es la cuestión fundamental que "La Brasa" plantea en su encuesta y mi contestación es afirmativa por las circunstancias y razones que señalaré brevemente.

Rojas ha forjado su espíritu con el calor y los encantos que le ha brindado la tierra nuestra durante su infancia y su primera juventud. Sus producciones iniciales reflejan el ambiente santiagueño y nadie ha descrito mejor que él, más acabadamente que él, con más cariño que él, el alma nativa de su pueblo. Cuando se relee ese libro lleno de brío, de optimismo y desbordante de espontaneidad de los veinte años, que es "El País de la Selva", no se sabe qué admirar más, si el acendrado afecto con que encara los temas del terruño, la emoción intensa que pone al tocar los hombres y las cosas, o el vigor del estilo ya casi formado que revelaron desde ese instante su personalidad literaria.

Yo tuve el honor de ser su humilde confidente en la elaboración de ese hermoso libro, que debía ser el texto de lectura habitual en nuestros institutos de enseñanza, conociéndolo íntegramente cuando estaba aún en manuscrito, pocos meses antes de su primer viaje a Europa, y vaya este recuerdo personal para destacar una de las virtudes que acentúan más, si cabe, la simpática figura del escritor: su amor a los hombres de su tierra, por modestos que sean. El más desconocido campesino santiagueño cuenta con su adhesión, su trato afable y su ayuda, si es necesario y todo el bien que realiza lo hace con un placer tan hondo y tan visible, que es para él un motivo de felicidad.

Es de todos conocido el valioso concurso de su autoridad, de su palabra estimulante y de su acción para los estudiantes, escritores y artistas de Santiago. El gusto, el interés se reflejan en su mirada y en su gesto cuando inquiere minuciosamente los detalles más insignificantes de nuestra vida provinciana.

No sé si seré indiscreto si revelo una observación personal. He leído biografías, re-

LA HORA AMARILLA

Difícil conocerla entre los tantos colores del atardecer: colores en crescendo, colores en potencia, colores nacientes, colores con los ojos abiertos, cerrados, entornados, desviados, guiñados, en blanco sobre el atardecer. La hora del nacimiento una confusión de posibilidades en tensión.

Su ubicuidad, en puntos invisibles, o su velocidad ignorada, la insinuaron primero en los sitios de su predilección, donde a veces, la conserva ceñida a los instantes una imagen fotografía de un momento de su visita anterior.

En el invernadero doró las ramas de palmas tendidas sobre los techos de cristales. Era una palidez, un amarillo enfermo de otros colores que no le dejaban mostrarse bien. Un amarillo rengo, con muletas, con el tranco alternado entre color y color. El otoño lo recibió mejor en el Jardín de los Niños, donde la ciudad, aguda y chata, dejaba descansar los viejos de lentas levitas y bastones pausados. Hubo por los árboles una bicolorida lucha de verdes y amarillos de intenso oro. El producto invariable, repetido y seco: las hojas unguadas de este amarillo encantador se dejaban caer sobre la arena en un vuelo nervioso de cortas curvas plegadas en repentinas desviaciones.

Invadió luego el ámbito, lasa o tensa. En masas o en fillos. Manó sangre amarilla de las venas del aire, sangre aguada que se pedía perdón a sí misma. Se introdujo en las calles el pie ligero sobre la greda amarilla con que el abandono coloraba las calzadas. El amarillo frenético, llamador de los letreos, el pajizo de ciertas casas, el casi rojizo de los ladrillos de aquella plaza le salieron al encuentro, se abrazaron, se besaron en la vía pública, escandalosos como dos amigos manfloritas.

Tocó la plenitud. Quebró el prestigio de los otros colores abochornados, aturdidos, apretados contra las fachadas, pegados a los vehículos huidizos, ceñidos a la música curvilínea, objetiva de los trajes de las mujeres.

Entonces dominó sobre la ciudad, desde

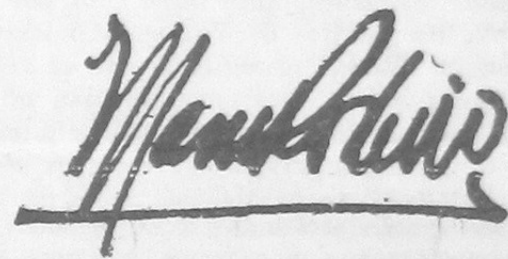
las nubes a la tierra, como una lluvia de polen innumerable. Una ciudad fantasmagórica, gaseosa, flotante en velos, en vapores amarillos, recién creada, soltó las anclas y se dió a navegar.

Las mujeres vestidas de amarillo, las rubias, las pálidas azafranadas vieron germinar un prestigio unánime, de mayoría de votos que todos los colores de mujeres desconocían. Las morenas, difusas como borrones, reducidas a contornos, a esquemas de sombra, mujeres en proyecto, en germen formal se hundieron en el radio penumbroso de la atención que las soslayaba.

Entonces se pensó que la hora amarilla era una oxidación misteriosa y arbitraria procedente de los siglos exhibidos en los museos, una herrumbre de siglos cernida. Otros dijeron ser el bufache que espolvoreaba para los bichos de la tierra el sol, la gran desinfección, el mirar tuerto del sol, la visión empañada de nubes del sol.

La noche, inevitablemente, deseó guardar en su caja este triunfo de amarillos tan estremecidos ahora, tan nutridos de pálidos latidos. — Otra tarde amarilla fluía de los poros sin dolor, como un silbido.—

La fué recogiendo como mantel que se alza, para no volcar migas de pan, por los extremos. Pero una humedad sutil la había adherido a los reverberos de los barrios más turbios, más nocturnos, donde quedó desgarrada, pegada a las holas doradas de los prostíbulos, llenos de risas amarillas, de carnes cansadas, de virutas extrañas enroscadas, de rameras soñolientas de sueño amarillo.



MANUEL RODEIRO

portajes, recuerdos juveniles suyos y he notado que siempre que puede, elude contestar o consignar el lugar de su nacimiento, limitándose, por lo general, a decir que se educó en el Colegio Nacional de Santiago y que tuvo tales o cuales profesores, a los que cita con verdadera veneración.

Y es natural. En su espíritu no ha dejado ningún vestigio, ninguna reminiscencia, ni la más leve huella, la ciudad de su nacimiento, fuera de la explicable simpatía y no menor afecto quizá a la tierra nativa de esos "dos seres amados que están en la sala, los dos seres que han influido más en mi destino... la que siendo niño infundió en mi alma el culto del deber y aquella que de hombre infundió en mi espíritu el culto del amor", como tan gallardamente aludió a su

madre y a su esposa en la reciente velada del Odeón.

Su santiagueñismo es, pues, razonable y justo, y es fácil derivarlo de su obra y leerlo en su corazón.

Ahora bien, si tomamos en conjunto la personalidad de Rojas, que ya pertenece a la nacionalidad y no a una provincia determinada, la cuestión de su cuna, asume una importancia relativa, al extremo de que mañana no tendremos derecho ni para disputar sus cenizas, como acaba de ocurrir con los restos del general Paz, insistentemente reclamados por la provincia que meció su cuna, no teniendo más remedio que acatar la inapelable resolución de que esos despojos pertenecen a la patria y su glorificación a la nación entera.

TRÍPTICO

Del libro "Opera Salvaje"

EL VIEJO

En su fisonomía de tabaco
esplende contenciosa la mirada,
cuando evoca, en los tiempos de Taboada,
los chuzasos aquellos del mataco

Gaicho del norte que ultimó a la indiada
en la frontera insólita del Chaco:
la madera viril del cuerpo flaco
le alarga todavía la jornada.

Narra en quichua la bárbara proeza
de arrancar a cuchillo la cabeza
del indio fiero, por fatal consigna.

Y terminando de pitar su chala,
como por disipar una luz mala,
Delante de los nietos se persigna

LA VIEJA

Arrugada en la pasa de los años
le nieva el algodón de los cabellos:
¡los dientes blancos y los ojos bellos
bien que supieron inferir sus daños!

Pues cuando el viejo le recuerda aquellos
días de mocedad tras los rebaños,
una clara sonrisa sin engaños
le inunda la pupila de destellos.

Fué la libre elegida de su hombre,
y porque se quisieron, hasta el nombre
le sobró, en su rincón, a la pareja.

Fué la musa carnal de sus romanzas,
compañera de instintos y de andanzas
que, sin saberlo, se le ha vuelto vieja.

LUIS S. MANZIONE

EL NIETO

Rudo jayán de hispida melena,
que canta chacareras y vidalás
al ritmo de las músicas huakalas,
por su paloma cándida y morena.

Zapateador y fumador de chalas
disipa en humos la amorosa pena,
cuando se "macha", en horas de verbena,
se le alborotan las tristezas malas.

Sabe gemir la copla seductora
que habrá de recoger la Nicanora
para reirla con tan blancos dientes,

Que allá, en su pecho de galán rendido,
ha de sentir el corazón mordido
por tan blancos puñales inclementes!

Concluye: "EL NIÑO Y LA FAMILIA EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA"

cía Goethe que solo aprendemos de aquellos a quienes amamos.

El teatro de estos últimos tiempos ha planteado también con un vigor extraordinario el problema de la sexualidad en sus relaciones con la docencia. Los principales protagonistas de "*Despertar de Primavera*", de Wedekind, inician el drama proponiendo cuestiones eróticas de aquellas que traen consigo la aparición de la pubertad. Wendla, Mauricio y Melchor—se llaman así los protagonistas—educandos de un gimnasio alemán, siéntense acuciados por inquietudes sexuales. El misterio amoroso fascina a los tres. Quieren conocer el secreto, y sus interrogantes no encuentran más que un obstinado silencio. Un ambiente de hipocresía oculta a sus ojos la naturaleza del instinto genésico. Y, faltos de la asistencia necesaria para sobrepasar la crisis que les domina, sucumben víctimas de la ignorancia calculada a que los conduce la educación imperante: Mauricio se suicida, Wendla muere a consecuencia de una maternidad mutilada, y Melchor carga con el anatema de la perversión y del crimen.

Conocido el suicidio, reúne el consejo de profesores. El consejo estudia el caso y decide expulsar a Melchor, delatado como el responsable del hecho por un cuaderno de anotaciones sexuales encontrado entre los papeles del suicida. Es una resolución de evidente justicia, todos lo saben; pero una razón poderosa exige el sacrificio del inocente; hay que evitar, en lo sucesivo, que catástrofes de ese calibre, acontezcan en un establecimiento educacional. Es una razón de Estado. La moral ante todo. No por otro motivo, los jesuitas de Vannes expulsaron a Sebastián Roch, mancillado por el crimen del padre Kern. Era en el tiempo, no distante todavía, en que una verdadera epidemia de suicidios azotaba los colegios alemanes. Los maestros de Melchor, lejos de indagar las causas profundas de aquel mal, solo se apresuraron a asegurarse con una socorrida torpeza del riesgo de la clausura del establecimiento, medida corriente en aquel tiempo, en casos análogos. La propia seguridad es lo que les importa. Que ellos vivan y medren aunque sucumba toda noción de justicia. No fué este obstinado sentimiento de conservación uno de los obstáculos más serios con que tropezó el movimiento reformista argentino? Los intereses creados son universales, y no son más sueltos de mano en nuestro país que en Alemania, o en cualquier otra parte del mundo. Bien vistas las cosas, lo que más interesa a la docencia en vigor es la preservación de la institución como renglón de presupuesto y no como función cultural. Si ellas están sobrepasadas, pueden subsistir todavía con puntales y voládrigos de fuerza. Simples y meras cosas que sobreviven al contenido, nada pueden ya decir del amoroso conocimiento y cuidado del alma infantil y de la difícil y paciente fermentación de sus fuerzas. Wendla pudo ser una madre feliz; Mauricio pudo practicar sin tropiezos una noble existencia; Melchor pudo lograrse como hombre completo; pero para todo eso hubiera sido menester que padres y maestros les comprendieran y asistieran como mentores y guías. Mientras tanto los jueces de Melchor, de Melchor que es el único que puede ser castigado porque es el único que sobrevive en la tragedia escolar, solo se afanan en escoger el castigo que le han de infligir. Wedekind narra este pasaje con una ironía inmisericorde: la deliberación del cónclave magistral se concreta a resolver si una ventana de la sala del consejo ha de permanecer abierta o cerrada... Qué otra cosa es la pedagogía al uso sino la ciencia que se ocupa de saber si una ventana ha de estar abierta o cerrada? Inútil la defensa que intenta Melchor. El reo debe guardar el silencio y el respeto debido a la autoridad y medir para sí la extensión de su desventura

porque ya está condenado de antemano por la economía de sus maestros.

Ante la tumba de Mauricio epilogan el drama los prejuicios y las mentiras sociales que forman ambiente a la escuela y a la familia. El pastor exalta su moral religiosa y condena con la triple muerte espiritual, natural y eterna al que, condenado ya por la carne, renunció a la gracia divina y arrojó lejos de sí la cruz del Salvador. El padre del suicida niega su paternidad para ponerse a cubierto de las consecuencias morales del crimen. El rector Sonnenstich, a su vez, aprovecha la coyuntura para deducir del suicidio una prueba de la existencia del mundo moral; pues aquel acto "ahorra al orden moral el trabajo de pronunciar su fallo y confirma de este modo su propia existencia". Cuanto al padre de Melchor, ha resuelto encerrar a su hijo en la cárcel correccional...

Tarea interminable, tarea que exigiría densos volúmenes, sería la de examinar todas las obras literarias que se refieren a la niñez. Tan vasta y copiosa es ella. Aun en aquellas creaciones en las que el autor toma como protagonista a hombres formados, necesita referirse de continuo al estudio pueril para iluminar su vida interior. Desde *Cuore*, la obra cargada de sentimiento de D'Amicis, el arte no ha cesado de enriquecer la bibliografía universal con el novísimo tema. Tolstoy, Gorki, Charles Luis Philippe, Francis Jammes, Bourget y tantos otros continuadores de la tradición de Stheudal Flaubert, Dickens, Storm, Unamuno, Baroja el autor de la trauenta "*Sexualidad perversa*", Pérez de Ayala, el autor de "*A. M. G. D.*" por cuyas páginas se tamiza la enseñanza jesuítica y discurre ya la psicología de Alberto Guzmán de *La Pata de la raposa*, personaje a veces ininteligible, a cuya ausencia de niñez atribuye su creador, en un pasaje de escaso relieve, "aquella su ternura enfermiza por los seres y las cosas, aquel inquirir sin plan y sin fiebre y aquel flotar de toda su vida" que tan fielmente diseña la fisonomía moral de la mocedad de estos tiempos, como estos tiempos, solicitado, a su vez, por la ética tradicional y el amoralismo presente.

Las cuatro obras que he escogido para estas consideraciones ofrecen ya bastantes elementos de juicio para apreciar la aptitud de las instituciones eclesiásticas y laicas, y aun de la familia para cuidar de la vida pueril. No es por extraña y casual coincidencia que todas estas instituciones salgan mal paradas de la atenta lectura de dichas creaciones. Los seres maduros que discurren por sus páginas no son seres malos. A los menos, los autores no se han propuesto presentarlos como malvados. Más todavía: en la mayoría de los casos, son seres de plano secundario en la labor de novelistas y dramaturgos, y, muchos, los que aquí, "desde la pedagogía", nos interesan en este momento, desfilan apenas perfilados en la discreta penumbra creada por el vago resplandor de una referencia o una reflexión formulada al pasar. Tal acontece con el padre de Melchor, en el drama de Wedekind. El padre de Melchor es jurista y, como jurista que es, en presencia del suicidio de Mauricio, solo se le ocurre pensar que su hijo está afectado de "locura moral", por lo que, consiguientemente, lo que corresponde hacer es internarlo en una cárcel correccional para que adquiera "principios". No ha necesitado anarecer en escena más de una vez este tipo ejemplar de padre para cobrar el relieve que tiene en la realidad: jurista, nada más que jurista embrutecido por una disciplina unilateral.

No son seres malos, repito. Los padres de Juan Cristóbal están lejos de serlo. No lo son tampoco los de Poil de Carotte y el padre de Sebastián Roch. Abundan en las obras mencionadas pasajes en los que el cariño paterno quiere expresarse, pugnando por romper la costra de cosas manidas que

lo aprisionan y ahogan. De todos ellos podemos decir lo que dice Romain Rolland del progenitor de Juan Cristóbal: "no era en realidad un mal hombre sino un hombre bueno a medias, lo cual es tal vez peor...". Pero, de todos modos son hombres que carecen de la responsabilidad inherente a una alta concepción de la paternidad. Indiferentes a la suerte de sus hijos, abdicaron su misión espiritual en el primero que llega: un maestruelo, un fraile cachondo, una institutriz. Monsieur Lepic, el honrado burgués que hace de padre de Poil de Carotte, vive desentendido de su hijo; el jurista que hace de padre de Melchor ha dejado siempre a su mujer la crianza de su hijo; el músico fracasado que hace de padre de Juan Cristóbal solo tiene para éste el ejemplo de sus vicios; José Hipólito Roch nunca se interesó seriamente del destino de su hijo. Este último constituye uno de los tipos más comunes de padres. Mirabeau, escritor combativo y revolucionario, solo se propuso, en esta obra, poner al desnudo los defectos de la educación con la que los jesuitas aspiran a apoderarse del mundo, y sin embargo nos ha dejado, al mismo tiempo, esta figura de padre sobre la cual conviene al mismo tiempo reclamar una cuidadosa atención. No son malos del todo; son padres que, como dice Wyneken, no aman la juventud en sus niños.

Entregado por entero a las actividades de su comercio, José Hipólito Roch ha dejado crecer a su hijo, falto desde el nacimiento de los cuidados maternos, en un total abandono. Los momentos que los negocios le dejan libre, momentos que aumentan en la medida que aquellos prosperan, los emplea en pronunciar discursos a los parroquianos, buscando así exornar su persona ya favorecida por la fortuna con los prestigios de su versación en asuntos sociales, propósito que consigue sin gran esfuerzo en un medio de escasa cultura. Su vanidad se hincha día tras día al calor de la adulación lugareña. Es este el instante en que se acuerda que tiene un hijo, el hijo que ha crecido como una fuerza sin norte. Es todo un hallazgo el que acaba de hacer. Trás cálculos pecuniarios, rigurosamente verificados, como si se tratase del negocio más arriesgado, decide enviarle al colegio. Qué cambio es el que se ha operado tan súbitamente en aquel espíritu superior? Es que le ha nacido, por fin, el sentido de la responsabilidad? Nada de eso. Sebastián irá al colegio, al colegio de Vannes, y no a otro porque el rico José Hipólito aspira a codearse con la nobleza. En rigor, no es su hijo, el continuador de su nombre, el que le interesa; lo que le interesa es su propia persona, la persona limitada y mortal de José Hipólito Roch, quincallero de Pervencheres. La suerte de Sebastián, la salud de su espíritu, el valor de la enseñanza jesuítica, son cosas que ceden en importancia a la importancia que cobrará José Hipólito en la sociedad a la cual se vinculará con solo enviar a su hijo al colegio de la nobleza. Sin embargo, para el común de las gentes la actitud de José Hipólito le acreditará como padre excelente, como padre abnegado que no escatima ni dinero ni desvelo para que su hijo adquiera una educación esmerada.

Abstráigase la imagen de Vannes y de la enseñanza confesional, que para Mirabeau constituye el objeto central de su requisitoria, y se observará con qué acentuado relieve surge en nuestro espíritu el paisaje de la realidad argentina. La figura de José Hipólito Roch es ya un tipo universalizado por la industria, por el comercio, por múltiples causas. Ha rebasado el campo estrecho y limitado de Pervencheres. Ha emigrado a América y despliega aquí sus actividades con una perseverancia conquistadora que le llena la bolsa de oro y la cabeza de aspiraciones. El solo no puede alcanzar los honores que le alucinan; pero tiene hijos, esos

Concluye: "ASISTENCIA DE MENORES ANORMALES"

los frenasténicos y a los débiles de espíritu, ya sea de la inteligencia o bien del carácter. La segunda cuestión fundamental es el diagnóstico precoz de estos estados, lo que importa de manera extraordinaria para el éxito del tratamiento. Pues como muy recientemente dijo un maestro en este capítulo de psiquiatría y de medicina social, el Prof. S. de Sanctis, se encuentra a menudo en la infancia y en la pubertad las raíces y los signos premonitorios de estados de alienación mental futuros, o más a menudo puede reconocerse aquellas disposiciones que esperan los factores externos de realización. Hoy día, neurologos y psiquiatras estudian los temperamentos, las lesiones orgánicas, las alteraciones funcionales, los síntomas atenuados u ocultos, escrutan en el subsuelo de estas pequeñas almas extrañas de los niños anormales, datos todos que ofrecen las más preciosas indicaciones de tratamiento y de educación ("Infanzia anormale", Enero de 1928, Milán).

De manera que no solo desde el punto de vista científico interesa el diagnóstico precoz, sino desde el práctico, y en ello están empeñados los esfuerzos de los médicos y educadores contemporáneos. "Creo, exclamaba el Prof. Claude en el Congreso de Medicina Legal de 1924 cuando se discutía el tratamiento conveniente para los delinquentes, que para empezar en Francia la obra de reforma que a todos nos parece co-

Sigue «El niño y la escuela»

hijos que adiestra a los doce o quince años en ganar sueldos a costa del presupuesto. Utilizará, pues, a sus hijos para satisfacer las ambiciones que le han brotado a su rascacuerpo de advenedizo. Sí; sus hijos forzarán su niñez para llegar lo antes posible al colegio y a la universidad, para que sean doctores. El doctorado es la ejecutoria que orna la riqueza de José Hipólito y le permitirá entroncar con las preocupaciones nobiliarias que nos han dejado en herencia los aventureros tan pobres como orgullosos que conquistaron América.

Por más que quiera decirse que no se puede deducir de la literatura una prueba concluyente de la insuficiencia de la familia como comunidad enseñante — expresión que, por lo demás, nadie sabría fundar de modo cumplido—es imposible substraerse a la sugestión que emerge de los cuadros que el gran arte ha sorprendido en la realidad para no ligarla, en frío análisis, a los problemas docentes.

Los seres que desfilan por estas páginas no seres de carne y hueso con los cuales nos codeamos a diario, en nuestro mundo inmediato, respiran el aire que todos respiramos, percibimos sus actos, los vemos agitarse a impulso de pasiones y apetitos humanos, y asistimos a toda hora a la comedia íntima en la que se mueven como actores y espectadores a un tiempo. Cómo desentendernos de estas imágenes, de este acervo de experiencia, la experiencia en que se ahonda el conocimiento fenomenológico más reciente, cuando se trata de valorar docentemente las instituciones actuales? Con qué otro caudal más rico podemos juzgar una institución que, como la del hogar, escapa, en muchos de sus aspectos, a la pura elucubración racional?

Pero si se quiere acudir a otros órdenes de actividades espirituales, fácil será demostrar que ellas, lejos de contradecir la investigación ensayada en las creaciones literarias, la confirman de un modo concluyente y definitivo.

Saul Taborda

mo necesaria, debemos dedicarnos a despistar precozmente las anomalías mentales, y por precoz entiendo que la encuesta debe ser perseguida tanto en los jóvenes como en los adultos desde su primer crimen o delito". Nunca será demasiado pronto, dice por otra parte Toulouse, descubrir los anormales y sobre todo a los amorales (1). Potet sintetiza sus lecturas al respecto en estas palabras: "La mejor profilaxia del crimen es el cuidado y la educación de los niños retardados o psicópatas". ("Hygiene Mentale", 1926—pág. 528).

Si se aceptan estos principios, la tensión y el esfuerzo del criminólogo y del hombre de estado deben dirigirse sobre todo al estudio de los delinquentes habituales, en particular de los menores. El conocimiento psicológico de los reincidentes es una fuente de enseñanzas sin par y uno de los medios más seguros, en cuanto aquellos son tratados para evitar las recaídas. Pero acerca de esto ya hemos hablado extensamente en otra parte.

No es problema sencillo la asistencia educativa de los deficientes. No basta, para solucionarlo, como algunos piensan tan ligeramente y sin fundamentos, instalar un asilo o una escuela para retardados. Hemos oído tales opiniones de labios de algunos gobernantes, y por eso nos apresuramos a desvanecer estas peligrosas ilusiones. Incluso hay quienes piensan que la enseñanza y la reforma puede ser impartida por maestros no especializados y sin la colaboración del pedo-psiquiatra. La práctica de opiniones tan profundamente equivocada nos retrasaría al menos en dos siglos.

El obstáculo principal para una solución pronta y fácil está en la heterogeneidad que, como ya se ha visto, puede reconocerse en los anormales, constituidos por grupos tan diversos en su fisonomía clínica y mental, como en su naturaleza y etiología. De ahí que al cabo del tiempo, cuatro clases de instituciones se han considerado necesarias para la educación y readaptación de los anormales: 1o.) Los asilos para frenasténicos, anexos a hospicios, o como instituciones independientes; 2o.) establecimientos para los anormales ligeros y del carácter; 3o.) las clases auxiliares anexas a las escuelas comunes (Hilfklassen o Nebenklassen, y 4o.) las clases diferenciales, que algunos autores identifican con las anteriores (2).

Las descripciones de los institutos médi-

(1) Esto tiene importancia también para la educación de los retardados. Lafora ("Los niños mentalmente anormales"—1916) recuerda—y a nosotros mismos nos ha pasado repetidas veces— como muchos maestros se quejan del fracaso con los retardados, por haberse iniciado en un período avanzado. Sobre todo en esta ciudad, en la que recurren al médico generalmente después de los siete u ocho años, a veces alrededor de los quince años (!), después de aceptar como verdadera la opinión de los médicos consultados: "que el trastorno desaparecerá por sí solo con el desarrollo..."

La educación de los menores deficientes debe empezar alrededor de los cuatro años, porque en esa edad se inician disposiciones aperceptivas que, de ser abandonados, desaparecen sin dejar huella (Heller: "Grundriss der Heilpädagogik"). Makuen (Cit. por Lafora) sostiene que el período más importante y más descuidado en la vida del individuo es el que precede a la edad escolar.

(2) En ciertas ciudades de Alemania rige el conocido sistema de Mannheim, que comprende tres tipos de escuela: 1, las clases principales, para alumnos de capacidad normal; 2, las clases de avance para los que son débiles mentales; y 3, las auxiliares, para los que son anormales acentuados. El alumno puede progresar como para pasar a la clase inmediata superior.

co-pedagógicos y reformatorios así como de las escuelas auxiliares, son excesivamente numerosas. Preferimos guiarnos por las orientaciones que S. de Sanctis ha impreso en Italia, al punto de traducirse en la ley del 10 de Diciembre de 1925 reglamentada en Abril de 1926. La influencia que el distinguido especialista en neuro-psiquiatría infantil ha tenido en el país a través de su discípulo, el Dr. Lanfranco Ciampi, quien ha encontrado a su llegada a ésta el campo casi virgen, nos induce también a guiarnos por esa orientación. El profesor Ciampi, que es a su vez encargado de la enseñanza de esa parte de la especialidad en la Facultad de Medicina de Rosario, la ha difundido desde la cátedra y desde su revista, con autoridad y eficacia.

El Dr. Carlos de Sanctis, docente libre de neurología y psiquiatría en Roma, publicó hace poco un artículo en que da cuenta del pensamiento del profesor de Roma y sus aplicaciones ("La Asistencia anormal y las recientes disposiciones legislativas italianas", Revista Argentina de Neurología, Psiquiatría y Medicina Legal, Julio de 1927). Tres grupos de instituciones para la educación de anormales auspicia Sante de Sanctis. Los institutos-internados tenían su principal justificación en la enseñanza que impartían; dedicado a los anormales profundos, exigía infinita paciencia y tiempo ilimitado. Los resultados que se obtenían no justificaban el tiempo que se dedicaba a la simple enseñanza intelectual. Por eso se tiende a conceder un lugar preferente en los institutos internados populares al trabajo en serie (Labor-terapia), que se ha puesto en práctica sobre todo en Estados Unidos con excelentes resultados, tanto para alienados adultos como menores (véase el muy interesante informe del viaje de estudios hecho por el Dr. Pacheco e Silva, Director del Hospicio de Jaqueiry: "A Assistencia a Alienados nos Estados Unidos e na Europa"—San Pablo—1926).

La escuela auxiliar o autónoma, el asilo-escuela, como se le llama en Italia, es más interesante para nosotros y más importante del punto de vista social. Se dirigen sobre todo a esta escuela a los anormales afectivos y a los de la inteligencia, así como a los anormales mixtos. Se ha reconocido que para estos no se necesitan internados sino una forma intermedia entre las viejas clases para retrasados y en institutos médicos pedagógicos. Tienden de más y más a imponerse en Italia y ya son varias las que existen. Está caracterizada, dice Carlos de Sanctis, "por el horario prolongado y el calendario pleno, por la asistencia médica e higiénica continua, por la colaboración de un médico pedagogo con la dirección y los maestros, por la instrucción individual o por pequeños grupos mediante el sistema llamado de la rotación escolar, por el predominio de la asistencia educativa sobre la instrucción, por la aplicación de la enseñanza especial y por el encarrilamiento de los alumnos en el sentido del trabajo profesional". El objeto de la institución es preparar para la vida al alumno insuficiente sin calidad para ello. Con estas escuelas se realiza una lucha casi específica contra la delincuencia precoz y la prostitución.

Junto a las anteriores, funcionan las clases diferenciales, dedicadas a los niños separados de las clases elementales por su poco rendimiento, pero que pueden volver a las clases comunes después de uno o dos años, si ha habido falsa anormalidad. En este sentido se reconoce cuan fundamental ha sido el concepto de falsa anormalidad establecido por los autores franceses. A estas clases diferenciales de primero y segundo grado elementales van estos falsos anormales, con el objeto de procurar, bajo la vigilancia de un médico escolar especializado, la nivelación de los alumnos en la escuela común.

GREGORIO BERMAN

OTRA RESPUESTA

ARTE CORDOBES

De NICOLAS JUÁREZ:

En una extensa carta, dirigida a uno de nuestros compañeros, y que lamentamos no poder reproducirla íntegramente, dice entre otras cosas este distinguido educacionista:

Pregunta "La Brasa": ¿por qué el sentimiento santiagueño no puede, como ante la usurpación de lo que más aprecia, reprimir un "ademán de resistencia" cuando se le recuerda que Ricardo Rojas es tucumano de nacimiento y que ufánándose grandemente con ello, lo pregonan así a todo trapo y en todas las circunstancias los hijos de la vecina provincia?

Considero, mi amigo, que a la sencillez que rige en la esfera del sentimiento, popular sobre todo, no debe pretender llevarse la complejidad propia de los problemas de la inteligencia; y así me explico y justifico que aquí, el afecto colectivo no tome para nada en cuenta el lugar donde por puro accidente nació Ricardo Rojas, teniéndolo, de ese modo, por de esta provincia, en razón de haber vivido en ella su infancia, su adolescencia y parte de su juventud, y más aún, porque se entiende que su personalidad inconfundible—en el proceso de tamizamiento de los influjos externos que hacen espontáneamente en su formación los espíritus selectos—modeló su esencia y talla con las más fines exquisiteces del alma santiagueña, con las más bellas sugerencias de las leyendas comarcanas y del ambiente físico, sobre todo de los bosques inmensos, que hicieron sentir a Rojas emociones e inspiraciones miltonescas y dantescas, ya que ante ellos, según un propio decir, "se oprime el corazón de terrores y la mente se puebla de silenciosos fantasmas".

Y en cuanto al sabio Rector de la Universidad de Buenos Aires, creo no equivocarme en pensar que él ama a esta provincia, como suelo materno, sin serlo, del mismo modo con que filialmente idolatraba Manrique, creyéndola su madre verdadera, a la vieja gitana Azucena del drama que inspiró a Verdi la música de El Trovador. A mano se tiene la prueba de ese hondo amor en las magníficas páginas del "País de la Selva", donde al par que la admiración despertada por el soberbio desfile de hermosas y cristalinas frases, se sienten netas las palpitaciones de un corazón que alternativamente se alegra y llora con la influencia mágica de íntimas añoranzas. Y no puede ser sino que los capítulos de ese libro fascinante se inspiraron en definido ambiente santiagueño, porque los episodios que el autor narra tienen por escenario lugares situados entre el Salado y el Dulce; porque de los bosques



"Ilustración" por Antonio Pedone

que describe no nombra otros árboles que los característicos de las selvas santiagueñas, y porque de esa preciosa obra, en la advertencia preliminar, el autor, textualmente, dice: "es ofrenda prometida por mi corazón a aquella tierra donde viví mi infancia y donde ahora muertos de mi sangre, duermen el suave arrullo de sus frondas".

Más aún, amigo Gómez Carrillo, en la dedicatoria del ejemplar del "País de la Selva" con que Rojas obsequiara a Vd., aparte de lo expresiva que resulta la elección del libro objeto de la ofrenda, no dejó de llamar singularmente mi atención, el haber leído esto: "en recuerdo de la hermosa audición de música santiagueña realizada en el Instituto de "La Pucusa". Y bien, en esas líneas, que transcribo, he creído descubrir una intención del gran escritor: advertir, delicadamente a Vd., que a la música, que con su notoria maestría hizo Vd. oír en el lugar indicado, no debía llamársela con la denominación vaga de nativa, o del norte argentino, sino con el calificativo preciso de santiagueña; es decir, reivindicaba para la tierra de sus amores un derecho legítimo que seguramente sin malicia, pero con menoscabo cierto de su acervo espiritual se le empujaba, de esa manera, a desconocer.

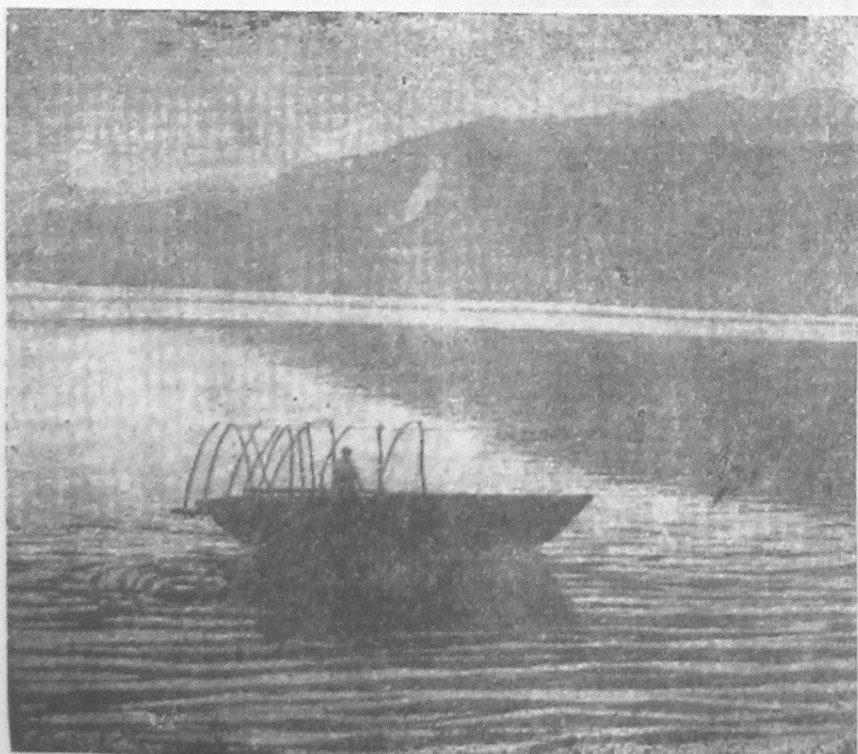
Tengo para mí, que el gran escritor debe mucho a influjo de herencia paterna el ha-

ber logrado escalar tan gallardamente las más altas cumbres del pensamiento.

El aserto sarmientesco de que "gobernar es educar" tuvo, en el eminente ex gobernador Rojas, su más esforzado paladín, y el hijo publicista, sin ser político, siguió a su modo aquella tradición de avidez por el bien público sembrando en el camino de su vida sus medulosos y bellos libros; lo que vale decir que transcurría también sus años educando, conduciendo, señalando orientaciones, hasta que, al cabo de los 25 de árdua labor, se ha podido finalmente advertir que tenía en él, la Argentina, a uno de los más eficientes e infatigables forjadores del espíritu nacional, como lo fueron en su hora y con su modalidad respectiva, para la Grecia clásica, Licurgo, Fidias, Apeles, Aristóteles y Homero.

Por ello y por el génesis que atribuyo a la orientación ideológica del fecundo escritor, creo, mi amigo, que el mejor homenaje de los santiagueños a Ricardo Rojas, sería empezar por la enmienda de una monstruosa injusticia póstuma para con su ilustre padre; injusticia que por mantenerse aun en horas lejanas del apasionado entrevero y ejercitarse en un gran benefactor del pueblo, no puede tener otro efecto en las almas nobles, sino el de hacer vibrar la protesta, fruncir el ceño, encender la ira y crispas los puños.

ARTE CORDOBES



"El barcone" por José Malanca

"La victoria del hombre"

En las cuatro palabras, está dicho el milagro:
[gro:
"La Victoria del Hombre", fué también
[profecía.
Con los colores patrios llegó a cercar el agro
De su dominio ingente de toda lejanía.

Formidable bracero de la obra de este suelo,
Pétreo al hacer cimientos, lírico en capiteles;
Los plafonds del alcazar testifican su vuelo
Y en las cornizas muestran, su cincel, los
[laureles!

Leñador de hacha de oro, se debiera plas-
[marte,
En el álgido instante de iniciar la picada,
Abatiendo el quebracho para alzar el ba-
[luarte
Que daría a los vientos, el azul estandarte
Empapado en el alma de la Tierra Salada!

L U I S A M E Y E R

